

19 Mayo 96.
17300

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

SE NECESITAN OFICIALAS,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

LETRA DE

DON SALVADOR MARIA GRANÉS,

MUSICA DEL

MAESTRO MONFORT.

J. M. M.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 19.
1876.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

1954

PHYSICS 309

PHYSICS 309

1954

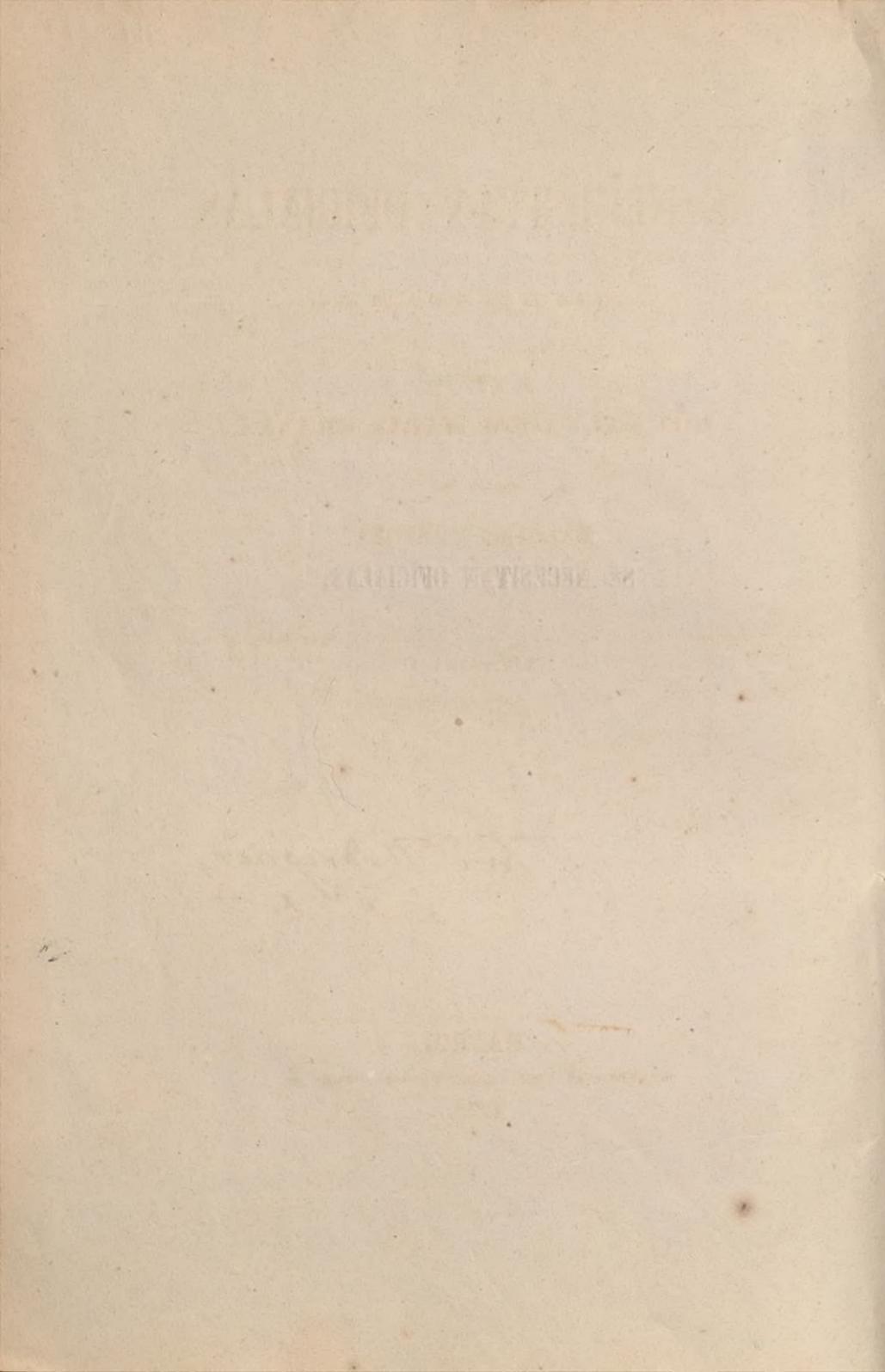
PHYSICS 309

PHYSICS 309

1954

SE NECESITAN OFICIALAS.

Jose Rodriguez



SE NECESITAN OFICIAS,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

LETRA DE

DON SALVADOR MARIA GRANÉS,

MUSICA DEL

MAESTRO MONFORT.

Estrenada con gran éxito en el Teatro del Jardin del Buen Retiro el día
21 de Agosto de 1876.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 16.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

PAZ.....	SRAS. MORIONES.
LIBORIA.....	RUBIO.
MARCIALA.....	ÁNGELA.
RESTITUTA.....	MORAL.
RICARDO (Teniente).....	SRES. CAMPOAMOR.
PERDIGUERO.....	MORON.
GARRIDO (Capitan).....	ALCALDE.
UN CORACERO.....	N. N.
Coro de señoras.	

La propiedad de esta obra pertenece a D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los corresponsales de la Galería dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Rey exp. 55 lib. 27

ACTO ÚNICO.

Sala. Puerta al foro y dos á la derecha. Entre estas dos puertas chimenea con espejo. Á la izquierda, en primer término, un armario; en segundo término balcon, y en tercero una puerta. Á la derecha, en el proscenio, velador con recado de escribir, un sombrero de tres picos, un casco de coracero y un par de guantes.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, PERDIGUERO.

MÚSICA.

DUETTO.

RICARDO. Perdiguero, Perdiguero.
PERD. Mi teniente.
RICARDO. Ven.
PERD. Ya voy.
RICARDO. Pásame el cepillo.
PERD. Eso justamente
hacia yo.
RICARDO. Hoy tal vez comeré fuera.
PERD. Pues entónces yo tambien.
RICARDO. Y á dormir quizás no venga.

PERD. Pues tampoco yo vendré.
RICARDO. Trae mi casco.
PERD. Nuestros cascos.
RICARDO. Mi.
PERD. Su.
RICARDO. Mi.
PERD. El su y el mi.
RICARDO. Trae mis guantes.
PERD. Nuestros guantes.
RICARDO. Mis.
PERD. Sus.
RICARDO. Mis.
PERD. Pues sus y mis.
LOS DOS. Ah!

Ya dispuesto á la batalla
voy á ser un nuevo Cid,
y conquistas iré haciendo
por las calles de Madrid.
Las morenas y las rubias
que conmigo han de luchar,
á los golpes de mi espada
hoy rendidas quedarán.
Zis zás, zis zás.

HABLADO

RICARDO. Hola! No te había reparado hasta ahora. Estás hoy muy guapo!
PERD. Y recién afeitado! La barba les pica, mi teniente.
RICARDO. Les pica! Á quién?
PERD. Á las muchachas.
RICARDO. Ah tuno! Por lo visto tienes proyectos?...
PERD. Ferozes... Y usted?
RICARDO. Atroces... Y es natural; un teniente que llegó anoche á Madrid, despues de haber pasado ocho meses en África...
PERD. Viviendo entre salvajes... sea dicho sin ofenderlos...
RICARDO. Y tú tambien vas de aventuras?

- PERD. Pues no que no! Voy á ver si encuentro otra vez á Liboria.
- RICARDO. Liboria?... Qué animal es ese?
- PERD. No es un animal, es una costurera con la que yo hablaba cuando fui trompeta, hace tres años.
- RICARDO. Tres años? Y aun la amas? Perdiguero, eres más fiel que un perro perdiguero.
- PERD. Por lo visto, usted, mi teniente, no se dejó en Madrid ningun belencillo, vamos al decir, ninguna parroquiana?
- RICARDO. Sí, debo haberme dejado alguna... en alguna parte, creo que era chalequera... pero yo tengo un sistema: cuando he concluido un libro, no vuelvo á empezarle nunca.
- PERD. Sin embargo... si el libro le gusta á usted mucho...
- RICARDO. En ese caso le hago durar... le leo poco á poco.
- PERD. Si le oyera á usted su tia!...
- RICARDO. Pobre tia! Me ha prestado su casa durante su ausencia. Los balcones dan justamente al cuartel, lo cual es muy cómodo...
- PERD. La verdad es que no vivimos mal aquí. Fumamos... (Poniendo el pie sobre una silla.) Estropeamos los muebles. No se puede pedir más.
- RICARDO. Efectivamente. Pero estamos perdiendo el tiempo. En marcha. Hacia qué lado vas tú?
- PERD. Hacia la plaza Mayor.
- RICARDO. Yo á la calle de la Luna. Cada cual á su negocio. Ea!... (Con voz de mando.) Escuadron!... Al trote!... Marchen!... tra... ta... ra... ra... ta... ra... ra... (Los dos dan una vuelta imitando el sonido de las trompetas y se dirigen á la puerta del foro.)
- UN COR. Mi teniente... De parte del capitan Garrido. (Da un oficio á Ricardo, váse y cierra la puerta.)
- RICARDO. Apuesto á que me convida á comer. Pues no pienso aceptar; veamos. (Lee.) «De órden del señor corone »queda usted arrestado en su casa durante ocho dias.» Cómo?... «El capitan Garrido» «Señor don Ricardo

Galvez, teniente del regimiento de coraceros del Rey.»
(Hablando.) Qué significa esto? Yo arrestado por ocho días? Y por qué? Esto es sin duda una burla... una broma pesada!

PERD. Mi pobre teniente, crea usted que lo siento en el alma... vamos, valor... Yo procuraré venir á dormir esta noche.

RICARDO. Cómo! Te marchas?...

PERD. Pues es claro! Yo no estoy arrestado!

RICARDO. Quién te lo ha dicho? Dos pasos al frente...

PERD. (Qué irá á hacer?)

RICARDO. «De órden del señor capitán quedas arrestado en casa durante ocho días.»

PERD. Eh!...

RICARDO. «El teniente Galvez.» (Imita con la mano la accion de rubricar.)

PERD. Pero qué he hecho yo?

RICARDO. Y yo qué he hecho?

PERD. Por vida de... (Va á sentarse á la derecha y da con el pie en el suelo con impaciencia nerviosa.)

RICARDO. Un día que íbamos á pasar tan bien! Estoy furioso... estoy... (Se sienta á la izquierda. Á Perdiguero con tono bronco.) No deis patadas en el suelo! Y todo por ese capitán Garrido... Un imbécil!... Un amigo mio!... (Da patadas en el suelo.)

PERD. (Me dice que no dé patadas y él piafa como un caballo.)

RICARDO. Perdiguero!

PERD. Mi teniente.

RICARDO. No estás tú furioso?

PERD. Tanto como la disciplina me lo permite... rabio!...

RICARDO. Qué vamos á hacer?

PERD. Yo pasaré el arresto tocando la trompeta. Allá adentro la tengo...

RICARDO. Ocho días sin amores!... Sin aventuras!...

PERD. Ocho días de abstinencia! de potaje!

RICARDO. Ah! (Levantándose de pronto.)

- PERD. Se pone usted malo? (Se levanta tambien.)
- RICARDO. Las tendré! Perdiguero, las tendremos!
- PERD. El qué?
- RICARDO. Aventuras!
- PERD. De veras? (Brincando de gozo.)
- RICARDO. Refréname, Perdiguero!
- PERD. No puedo, mi teniente... Me desboco sólo al pensarlo. Conque tendremos aventuras? Pero cómo?
- RICARDO. Nos impiden ir á buscarlas! Pues bien... las haremos venir!... Siéntate y escribe!
- PERD. Dikte usted. (Se sienta al velador y toma vivamente la pluma.)
- RICARDO. (Dictándole.) «Aviso al público! Se necesitan modistas!»
- PERD. (Con languidez cómica.) Ah! sí... Modistas... muchas modistas!
- RICARDO. (Dictando.) «Dirigirse al teniente don Ricardo.» (Hablando.) No... eso no conviene... Á quién diablos la dirigiremos?
- PERD. Á mí.
- RICARDO. Ah! (Dictando.) «Dirigirse á doña Mónica Sacarramatra.»
- PERD. (Acabando de escribir.) «Matraca...» Dónde está esa doña Mónica?
- RICARDO. Ya encontraremos una. (Dictando.) «Plaza de San Marcial, número diez.»
- PERD. En nuestra casa? Todo lo comprendo! Viva mi teniente. (Brincando de gozo.)
- RICARDO. Refréname, Perdiguero. (Dictando.) «Frente al cuartel de San Gil.»
- PERD. Viva San Gil!
- RICARDO. (Dictando.) «Nota importante. Se recibe...» (Deteniéndose y hablado.) Perdiguero, á qué hora podremos recibirlas?
- PERD. Á todas.
- RICARDO. Gloton!... (Dictando.) «Se recibe desde las doce del día hasta las doce de la noche.»
- PERD. Bien poco tiempo es. (Acabando de escribir.)
- RICARDO. Haz que saquen treinta ó cuarenta copias de ese anuncio, y fíjalas tú mismo en los páragas más públicos; en

la Puerta del Sol, en las colum... en los buzones de correo, y sobre todo á las puertas de las tiendas de modistas.

PERD. Descuide usted, mi teniente. Ahora mismo toco botasillas, salgo á media rienda, y me vuelvo á escape á preparar la emboscada. Vivan los coraceros! Viva mi teniente! (Váse corriendo.)

ESCENA II.

RICARDO, á poco el capitán GARRIDO.

RICARDO. Es particular!... Juraría que tengo miedo! Sí... lo tengo!... Hasta ahora me he batido con soldados como yo... más ó ménos salvajes, pero hoy voy á combatir á un enemigo con faldas, y la idea de ser vencido me avergüenza... (Aparece el capitán Garrido. Este personaje es un tipo sumamente corto de vista; lleva gafas azules, tropieza en todas partes, y al hablar con cualquiera le mete las narices en la cara.)

GARRIDO. Hola! Ricardo!

RICARDO. (El capitán Garrido.)

GARRIDO. Vengo á hacerte compañía un breve rato. Los buenos amigos se conocen en la desgracia. (Durante toda esta escena el actor que desempeñe el papel de Capitán debe hacer mil juegos adaptados á su cortedad de vista, tales como sentarse donde cree que hay silla sin haberla, etc. Esto á capricho del actor.)

RICARDO. (Serio.) Mi capitán, me extraña mucho la visita de usted, cuando hace poco he recibido una orden arres-tándome.

GARRIDO. Querido Ricardo, como amigo siento en el alma tu arresto, como jefe no he tenido más remedio que imponerte la pena que merecías.

RICARDO. Pero, vamos, por qué?

GARRIDO. Por qué? En Granada me birlaste una conquista, y aquí, por lo que colijo, vas á birlarme las tres que tengo: una, según me has dicho, es sobrina de un ma-

gistrado; la otra viuda de un general, y la tercera esposa de un exgobernador civil. Las tres me han dado cía para hoy, y yo me he dicho: ese bribon de Ricardo es capaz de jugarme otra mala pasada como la de Granada. Único medio de impedirlo: privarle por algunos días de la libertad; y ahí tienes el verdadero motivo de haberte arrestado.

RICARDO. Pero eso es una infamia, un abuso de autoridad.

GARRIDO. Vaya, hombre, cálmate. Qué diablo! Ocho días de arresto se pasan pronto, y ese tiempo es el que yo necesito para llevar á cabo la rendicion de esas tres fortalezas.

RICARDO. Lo que haces conmigo no tiene nombre.

GARRIDO. Sí, tiene un nombre: se llama... ¡Precaucion! En fin, van á dar las diez y te dejo. Abur! Corro á mi cita con la sobrina del magistrado. Ya sabes que á pesar de todo te quiero; pero qué demonio! Todas las mujeres no han de ser para los tenientes. Tambien los capitanes somos hijos de Dios! Já, já, já! (Váse riendo. Cree salir por la puerta y se da contra la pared, etc.)

ESCENA III.

RICARDO, luego PERDIGUERO.

RICARDO. Y quiere enamorar un hombre que no ve más allá de sus narices!... Y se va riendo de mí!... Reniego de la ordenanza, que me impide romperle el bautismo. Cuánto daría yo ahora por una estrella! (Señalando á las que lleva en la manga.)

PERD. (Entra precipitado y con un papel en la mano.) Ya estoy de vuelta, mi teniente.

RICARDO. Cumpliste mi comision?

PERD. Al reló! Yo mismo los he mandado pegar y me he quedado con este.

RICARDO. ¿Y para qué te has guardado ese anuncio? (Señalando al que lleva en la mano.)

PERD. Para llevarlo á que salga en *La Correspondencia*. Léalo

usted, mi teniente.

RICARDO. (Leyendo.) «Aviso al público. Se necesitan oficialas.»
(Hablando, con sorpresa.) Oficialas!...

PERD. Sí; he puesto oficialas en vez de modistas, porque así vendrán muchas más. No hay mujer que no sea oficiala de algo. Además, Liborúa no es modista, es sastra, y como yo tendría tanto gusto en volverla á ver, me dije... Qué más le dan á mi teniente las modistas que las oficialas? Todas son mujeres...

RICARDO. Tienes razon; y bien mirado, siendo yo oficial, las chicas que vengan saldrán de aquí oficialas! En fin, el anzuelo está echado. Crees tú que picarán?

PERD. Quiénes?

RICARDO. Las oficialas.

PERD. Las oficialas, mi teniente, son como las sardinas, se las pesca en todo tiempo.

RICARDO. (Leyendo.) «Dirigirse á doña Mónica.» (Hablando.) Caramba! De dónde sacaremos esta doña Mónica?

PERD. Quiere usted que traiga una alquilada?

RICARDO. Y el caso es que nuestro uniforme las va á asustar.

PERD. Pues no acostumbran á asustarse!

RICARDO. Me ocurre una gran idea! El guardarropa de mi tía está allá dentro!

PERD. Dónde va usted?

RICARDO. Á disfrazarme de doña Mónica.

PERD. Soberbio! Y yo?

RICARDO. Tú serás la doncella. (Abriendo el ropero.) Justamente ha dejado aquí vestidos suyos. Elige!

PERD. Elijo el de color de rosa, es el que me favorecerá más á la cara. (Se quita precipitadamente el uniforme y el casco.)

RICARDO. Corriente. Póntelo, pero levántate bien el pantalón! (Dándole el vestido que habrá sacado del armario.)

PERD. Ay! qué perfume tan delicado conserva todavía!... (Echándose el vestido por la cabeza.)

RICARDO. Despacha, hombre! (Ayudándole á vestir.)

PERD. Ay, ay, ay! que me hace usted cosquillas!...

RICARDO. Si no te toco.

PERD. Por Dios, mi teniente, por Dios! Ay, ay, ay!... (Brincando.)

RICARDO. Cállate, animal!

PERD. Cómo trata á su doncella!

RICARDO. Ahora te hace falta un nombre. Cuál te pondremos?

PERD. Uno que sea muy bonito. El nombre de una flor. Si pudiera ser...

RICARDO. Quieres llamarte Rosa, Azucena...

PERD. Cá! Hay un nombre oloroso, que me hubiera gustado mucho llevar si yo hubiera nacido del bello sexo.

RICARDO. Cuál?

PERD. Pantaleona!

RICARDO. Y á eso llamas nombre de flor? En fin, acepto lo de Pantaleona. (Dándole una peluca.) Toma, ponte esto.

PERD. Valiente felpudo!

RICARDO. Es una de las pelucas de mi tia. Ea, tú ya estás listo. Ahora me toca á mí. Dentro de dos minutos vendrá doña Mónica. (Contemplándole ántes de salir.) Dios mio, qué feo estás así!...

ESCENA IV.

PERDIGUERO.

Que estoy feo! Cuando con este traje debo parecer una Virgen!

MUSICA.

AMERICANA.

PERD. Para poder hoy por mujer pasar
hay que saber lo que hacen imitar.

I.

Bajaré los ojos,
cruzaré las manos
y andaré á brinquito
como un salta charcos.

Si me dice un pollo
es usted muy guapa,
con el abanico
taparé mi cara.
Mas si el pollo insiste
en que el sí le dé,
con coquetería
le contestaré:
ay qué pillo,
qué pillo es usted!

II.

Mas si en vez de un pollo
un soldado encuentro
que al pasar me dice
viva ese salero,
arrogante escupo
y me pongo en jarras
y ante el enemigo
me quedo plantada.
Ay qué cursi! digo,
misté qué redios,
si yo á usted le gusto
usted á mí no,
ay qué pillo,
qué pillo es usted!

HABLADO.

Caramba! Y qué gran moza debe ser la dueña de este vestido! Siento que la tia de mi teniente se la haya llevado. (Dándose un bofetón.) Tunante! Así olvidas á tu Liboria? Bah! despues de todo puede que ella haya hecho lo mismo conmigo. (Golpes en la puerta del foro.) Llamen! Ocultemos todo esto. (Arroja su casco y uniforme en el cuarto primero de la derecha.) Adelante!

ESCENA V.

PERDIGUERO y RESTITUTA.

- REST. (En la puerta del foro.) Doña Mónica Sacarramatraca?...
- PERD. (Quién será este vejestorio?) Aquí vive!
- REST. Es usted la criada?
- PERD. Soy doncella, para servir á usted. Pantaleona Picadillo.
- REST. Bonito nombre!
- PERD. (No, pues está bien conservado todavía!)
- REST. Yo trabajo en un obrador: leimos hace poco el anuncio de doña Mónica buscando oficialas...
- PERD. (Pues tú ya eres jefa.)
- REST. Y mis compañeras me han dicho: Restituta—ese es mi nombre—tú que eres la más lista de nosotras, la más salada... porque ellas se empeñan en que tengo mucha sal...
- PERD. (Eso le pasa siempre al jamon añejo.)
- REST. Vas á ir á hablar á doña Mónica y á preguntarle qué clase de labor tiene que encargarnos y cuáles son el jornal y la manutención que nos dará.
- PERD. En cuanto á la labor y al jornal, mi señora informará á usted más detenidamente. Respecto á la comida que aquí se da, es abundante y sana: sopa, cocido, dos buenos principios, postres, pan y vino.
- REST. Perfectamente. Otro punto esencial. Supongo que en esta casa no habrá belenes, ni trapisondas.
- PERD. Ni mi señora ni yo hemos tenido nada con ningun hombre.
- REST. De veras?
- PERD. Palabra de honor.
- REST. Eso nos decide; porque es preciso que sepa usted que la causa de salirnos del obrador en que trabajamos, es que el maestro se tomaba ciertas libertades con nosotras.
- PERD. Con usted tambien?

- REST. Sí señor!
PERD. (Valor se necesita!)
REST. Como yo era la más moderna... la aprendiz...
PERD. La aprendiz? Pues qué edad tienen sus compañeras de usted?
REST. Las hay de todos tamaños. Ya las verá usted. Voy ahora mismo á darles cuenta de mi comision y volveré con ellas.
PERD. Sí, tráigalas usted pronto.
REST. Adios, Pantaleoncita!
PERD. Adios, Restitutita!
LOS DOS. Adios.

ESCENA VI.

PERDIGUERO, luégo RICARDO.

- PERD. Qué lástima que haya nacido mujer, haría un gran cocacero! (Sale Ricardo vestido de mujer y con su barba.)
RICARDO. Aquí me tienes ya.
PERD. Bravo! mi teniente! está usted hasta allí.
RICARDO. (Volviéndose de espaldas.) Se me ve el pantalon?
PERD. No señor. Sabe usted que ya han picado!
RICARDO. Quiénes?
PERD. Las oficialas; acaban de mandar un parlamentario. (Ricardo se vuelve, y al verlo Perdiguero da un grito.) Ah!
RICARDO. Qué! Se me ve el pantalon?
PERD. No, lo que se le ve á usted es la barba.
RICARDO. Voto á cien legiones! Me he olvidado... Se me nota mucho?
PERD. Una friolera!
RICARDO. Bah! Tambien hay viejas que tienen barbas!
PERD. Pero no tantas como usted.
RICARDO. Conque habrá que afeitarse?
PERD. Sí, y dese usted prisa, porque las muchachas van á venir. Ya ha estado aquí una.
RICARDO. Bonita?
PERD. Así, así.

RICARDO. Para tí.

PERD. No, para usted.

RICARDO. Qué edad tendrá?

PERD. Unos cuarenta años.

RICARDO. Para tí.

PERD. Para usted. Ha venido á preguntar lo que les daríamos de comer: yo le he prometido dos platos fuertes.

RICARDO. El loro de mi tia está allí dentro; le partiremos en dos.

PERD. Silencio! Creo que suben la escalera. Sí, ellas son.

RICARDO. Bravo! Aquí las espero!

PERD. Pero y la barba!..,

RICARDO. Ah, sí, es verdad; voy á quitármela; circunspeccion. Perdiguero! (Vése.)

ESCENA VII.

PERDIGUERO, RESTITUTA, LIBORIA y MARCIALA.

REST. Entrad, niñas.

MÚSICA.

CORO DE MODISTAS. Somos modistas,
goletas listas,
con rumbo vamos al obrador;
y en los escollos,
que son los pollos,
naufraga á veces nuestro candor:
yendo vestidas
con buena ropa
vamos veleras
con viento en popa:
pocas al puerto
logran llegar,
muchas se pierden
en alta mar:
si á un pollo pirata
siguiéndonos vemos,

ganemos la orilla
á fuerza de remos,
pues solo en el puerto
y ancladas allí
podemos coquetas
mecernos así,
asi, así.

Pícaros hombres, que rabien
viéndonos columpiarnos
con tal, con tal vaiven.
Porque en la tierra
como en la mar
hay que saber la aguja
de marear.

HABLADO.

- LIBORIA. No está doña Mónica?
PERD. (Qué apetitosas son!) La señora vendrá al punto. Se está haciendo la barba.
TODAS. Cómo?
PERD. La toilette quise decir.
LIBORIA. No tenemos prisa. Qué casa tan bien puesta! Y debe tener muy buenas vistas!
MARC. Ya lo creo; como que desde aquí se ven los coraceros.
REST. Marciala, que siempre has de enseñar la oreja!...
MARC. Por qué? Porque me gustan los coraceros? Pues ya se ve que me gustan!
PERD. (Estas chicas en viendo cascos se levantan de idem.)
LIBORIA. Yo tambien soy muy aficionada á los militares, especialmente á los de caballería. Y usted?
PERD. La diré á usted: yo... (Reconociéndola.) (Qué veo! Liboria!...)
LIBORIA. (Id.) Ah! Es particular! Cómo se parece á Perdiguero!...
MARC. Á tu novio?
LIBORIA. Tiene usted a'gun hermano coracero?
PERD. No señora. Soy hija única!

REST. No comprendo. Su mamá de usted temería publicar la segunda edición.

RICARDO. (Dentro.) Pantaleona?

REST. Qué es eso?

PERD. Silencio! Que viene el ama!

ESCENA VIII.

DICHOS, RICARDO, sin barba y vestido de mujer.

RICARDO. Pantaleona!

PERD. (Cuadrándose y saludando militarmente.) Mi te... señora!

RICARDO. (Dí, se me ve el pantalón?)

PERD. No.)

RICARDO. Ah! no había reparado... Quiénes son estas niñas?

REST. Ay, es paisana!

MARC. Las oficiales que buscaba usted en su anuncio.

RICARDO (Calla! Yo conozco á esta chica!)

MARC. (Yo he visto á esta señora en alguna parte.)

RICARDO. (Pasándolas revista.) Buenos días, niñas; supongo que todas sereis trabajadoras y juiciosas?

TODAS. (Con tono de niñas de escuela.) Sí señora.

RICARDO. Muy bien; estoy satisfecho... (Perdiguero le da con el codo. Comprendiendo.) cha, cha.

PERD. Ya lo oís. La señora está satisfecha de vosotras.

TODAS. (Como ántes.) Muchas gracias.

RICARDO. Empezaremos por tomar los nombres de todas para poder llamarlas cuando ocurra. Pantaleona, escriba usted.

PERD. (Preparándose.) Ya estoy dispuesto... (Ricardo le da un puntapie y corrige vivamente.) ta, ta... dispuesta.

RICARDO. Oís? Está dispuesta. Cuál es su gracia de usted...

REST. Cómo mi gracia!

RICARDO. Su nombre, quiero decir...

REST. Pues mi nombre no tiene gracia. Restituta Picatoste.

RICARDO. (Mirando á Restituta.) (Durillo está ese picatoste.) (Á Perdiguero.) Apunte usted. Y el tuyo?

LIBORIA. Liboria Perez.

- RICARDO. Liboria? Ah!... ya... (Volviéndose hácia Perdiguero.)
PERD. (Tosiendo para disimular y haciendo un signo afirmativo.)
Ejem... ejem...
RICARDO. Y tú, cómo te llamas?
MARC. Marciala Torrente.
RICARDO. (Marciala! mi antigua chalequera!)

ESCENA VIII.

DICHOS, PAZ.

- PAZ. (Dentro imitando la corneta.) Ta ratatará!... Ta... ra..á
ta... rí...
TODAS. Paz! Ahí está!

MUSICA.

CANCION MILITAR.

I.

PAZ y CORO DE MODISTAS.

Para unirme con mi tropa
y en sus filas ingresar
vengo á paso redoblado
con un aire muy marcial.

CORO.

Rataplan.

PAZ.

El cuartel está vecino
y la hueste modistil
lo hará todo en esta casa
á los toques del clarin.

CORO.

Tarará, ra.
Vivan los que llevan
traje militar,
y los coraceros
en particular.

II.

PAZ.

La alegría me enajena

si me mira un oficial,
porque en viendo las estrellas
yo no sé lo que me da.

CORO.

Rataplám.

PAZ.

Pero más me vuelve loca
el que pase junto á mí
un buen mozo de uniforme
y á caballo haciendo así.

CORO.

Tarárá, ra, ra.
Vivan los que llevan, etc.

HABLADO.

PAZ. Hola, chicas! Vengo del obrador! el maestro me dijo que los pájaros habían volado para hacer nuevo nido frente al cuartel de coraceros: yo respondí! Me conviene el sitio! tomé el paso redoblado y aquí me teneis. Plam! plam! rataplám! (Marchando é imitando el tambor.)

LIBORIA. (Bajo á Paz.) (Ten juicio, que la señora es muy beata.)

PAZ. Beata? Pues vuelta á la derecha y largo! Plam, plam, rataplám!

RICARDO. Alto! (El rataplám de esta chica me subleva.) Cómo, hija mia! Quieres abandonarme? Te inspiro miedo?... Si yo soy la mujer más cariñosa! (La abraza.)

PAZ. (Dando un grito.) Ah!

TODAS. (Volviéndose á ella.) Qué es eso?

RICARDO. (Disimulemos.) Era una hormiga que la subía por la espalda! Ved su trágico fin. (Fingiéndola aplastarla con el pie.)

PERD. (Ay Dios mio! Yo tambien tengo hormigas!) (Abraza á Liboria.)

LIBORIA. (Caramba! Cómo aprieta!)

RICARDO. (Á Paz.) Conque es cosa decidida; te quedas con nosotros. Qué sabes hacer?

PAZ. Muchas cosas. Soy práctica en el manejo de la aguja.

PERD. (Sí, de la de marcar!)

RICARDO. Ea! niñas, quedais todas admitidas en mi casa, y os

- daré trabajo para ocho dias.
- TODAS. Viva doña Mónica!
- REST. Si yo fuera ahora hombre, creo que la faltaba á usted al respeto. (Hace ademán de abrazar á Ricardo.)
- RICARDO. Pues no se moleste usted. Ah! os advierto, que durante estos ocho dias no habeis de salir de casa para que os cunda más la labor. Aquí estareis bien atendidas, bien hospedadas, bien comidas...
- PERD. Y bien cenadas. (Echando los brazos á las dos que tiene á derecha é izquierda.)
- RICARDO. Id allá adentro á dejar vuestros mantos... Con franqueza!... Como si estuviérais en vuestra casa.
- PAZ. Y la labor? No nos da usted labor?
- TODAS. Sí, sí, labor.
- RICARDO. ¡!, que entre tanto ya os la dispondremos.
- PERD. Volved pronto.

ESCENA X.

RICARDO, PERDIGUERO.

Apenas se ven solos empiezan á bailar. Ricardo se detiene de prouito con un pie en el aire.

- RICARDO. Tienes tú labor que dar á estas chicas?
- PERD. No señor!
- RICARDO. Ah! puesto que son sastras, haré que me tomen media de una docena de pantalones.
- PERD. Bravo! Á cada uno su docena. (Rascándose la cabeza.) Pero para eso necesitábamos paño.
- RICARDO. Es verdad! Y no le tenemos! Ah! Ya encontré labor! (Corre al gabinete de la derecha y saca unos pares de pantalones de uniforme que arroja en el suelo.)
- PERD. Qué hace usted?
- RICARDO. Toma é imítame. (Rasga varios pantalones.)
- PERD. Ah! Ya comprendo! (Rasga tambien.)
- RICARDO. No querían labor? pues ya la tienen.
- PERD. Sí, ya la tienen! (Rasgando siempre.)

RICARDO. (Deteniéndose.) Crees tú que habrá suficiente para ocho días?

PERD. Todavía no.

RICARDO. Pues prosigamos.

PERD. Prosigamos. (Siguen rasgando con encarnizamiento.)

ESCENA XI.

DICHOS, TODAS LAS MUJERES.

PAZ. Eh! qué están ustedes haciendo?

RICARDO. Arreglando la labor.

PERD. Justo, arreglándola.

RICARDO. Pantaleona, trae una botella de ron. Eso entona el estómago y predispone á trabajar.

TODAS. Bravo!

PERD. Aquí está el ron.

TODAS. Hurra! (Todas se sientan y empiezan á coser.)

PAZ. Propongo un brándis.

TODAS. Á brindar.

MUSICA.

BRINDIS.

I.

PAZ y CORO DE MODISTAS.

Como aconseja

cierto refran,

la vida á tragos

hay que pasar.

No hay medicina

cual la del ron,

pues limpia, fija

y da esplendor.

CORO.

Á beber, á beber

y muera el esplin,

choque el cristal,

tin, tin, tin.

II.

PAZ. Cuando los hombres
á reñir van,
con cuatro copas
hacen la paz.
No habria guerra
ni tanto horror,
si se inventáran
bombas de ron.

CORO. Á beber, á beber, etc., etc.

HABLADO.

RICARDO. Sentaos y á trabajar.

TODAS. Sí.

RICARDO. (Cáspita! Qué lindo escuadron!)

PERD. (Mi teniente, les damos una carga?)

RICARDO. (Cállate, animal.)

LIBORIA. (Cosiendo.) Qué es eso doña Mónica? No trabaja usted?

RICARDO. Yo? Ah! sí... ya voy. (Héme aquí metido á sastra. (Se sienta y toma el dedal del caaastillo.)

PAZ. Cómo? se pone usted el dedal en el dedo pulgar?

RICARDO. Sí, cada cual tiene su modo de matar pulgas.

TODAS. Já! já! já!

LIBORIA. Á qué hora se almuerza en esta casa? Yo ya tengo dolor de estómago.

MARC. Diga usted, doña Mónica, hago aquí un dobladillo?

RICARDO. (Un dobladillo!) (Á Perdiguero.) (Qué es eso?

PERD. No sabe usted lo que es?

RICARDO. No.

PERD. Pues ni yo tampoco.)

MARC. Venga usted á aconsejarme.

RICARDO. (Levantándose y acercándose á ella.) Sí, sí, yo haría un dobladillo: ahora ó nunca es la ocasion de hacer un dobladillo. (Abraza á Marcia.)

MARC. Qué es eso?

- PERD. Nada, el regimiento de coraceros que pasa.
TODAS. Los coraceros? Vamos á ver. (Se levantan todas, tiran la labor y salen corriendo.)

ESCENA XII.

RICARDO, PERDIGUERO.

- PERD. Se van! Y nos dejan plantados!
RICARDO. Si tanto les gusta ver coraceros, podíamos enseñárselos á domicilio.
PERD. Y gratis.
RICARDO. Perdiguero, sabes lo que te digo? Que la cosa no marcha bien.
PERD. Es cierto, mi teniente.
RICARDO. Ambos nos estorbamos mutuamente, mientras que quedándose uno solo... Tentado estoy de mandarte al calabozo.
PERD. (Suplicante.) Mi teniente...
RICARDO. Qué diablo! Yo fui quien concebí la idea.
PERD. Sí, pero yo la pegué en las esquinas.
RICARDO. Me ocurre un medio!
PERD. Cuál? (Ambos se levantan y arreglan las sillas.)
RICARDO. Mientras te vas allá adentro á preparar el almuerzo, yo me quedo aquí solo con las muchachas.
PERD. No me conformo.
RICARDO. Bien; pues te cederé unas cuantas para que te ayuden en la cocina.
PERD. Eso ya varía; aceptado.

ESCENA XIII.

DICHOS, MARCIALA.

- MARC. Doña Mónica? Doña Mónica?
RICARDO. (Ah!)
MARC. Me explicará usted, que tanto predica la moralidad, de dónde viene este instrumento militar en casa de una viuda? (Suena una trompeta que ocultaba tras ella.)

- PERD. (Cáscaras! Mi trompeta!) Ese instrumento pertenece á la señora. (Señalando á Ricardo.)
- RICARDO. Á mí? Ah! sí... No sé si usted sabrá que mi difunto esposo... el pobre Sacarramatraca... era músico.

ESCENA XIV.

DICHOS, LIBORIA, PAZ, RESTITUTA y todas las demas.

- PAZ. Ha pasado caballería por aquí?
- RICARDO. (Mi espada!) Ah sí! ya comprendo... Esa espada es de Pantaleona.
- PERD. Mia?
- RICARDO. Doncella sin pudor! No sabe usted que la tengo prohibido recibir militares en mi casa?
- PERD. Perdon, señora, pero me ha dado palabra de casamiento.
- PAZ. (Á Perdiguero.) Cándida jóven, desconfíe usted de la caballería.
- LIBORIA. Yo tengo mucha hambre. Qué hay para comer?
- RICARDO. Hay un loro, pero es preciso desplumarle. Niña, quién de vosotras sabe desplumar?
- TODAS. Yo! yo! yo!
- RICARDO. (Con qué inocencia lo confiesan!)
- PERD. Doña Mónica, á cuál me llevo de ayudanta? (Elíjame la usted bien!)
- RICARDO. Doña Restituta, acompañe usted á Pantaleona.
- PERD. (Pero esa es la más vieja!)
- RICARDO. (No estás contento, pues aguarda.) Niñas, á la cocina todas; ménos vosotras tres.
- PERD. (Liboria no, déjeme usted á Liboria!...)
- RICARDO. (Cállate, ó te mando al calabozo!)
- PERD. (Mirando á Restituta.) (Vaya un pinche de cocina!) Echen ustedes á andar! (Maldita sea la disciplina!)

ESCENA XV.

RICARDO, PAZ, LIBORIA y MARCIALA.

RICARDO. (Por fin me quedé solo con las tres gracias. Vacilo como París? Á cuál de las tres adjudicaré la manzana?) (Mira á las tres. Por fin se decide por Marciala, á la que se lleva á la izquierda.) Ven acá, hija mia.

MARC. Mande usted?

RICARDO. (Caramba, qué guapa es!) (Va á abrazarla y se detiene.) (Pero las otras dos me estorban.) Sabes que llevas un vestido precioso? Y la tela es muy bonita. Á cuánto te ha costado la vara? (Palpa la tela y se inclina para abrazarla.)

PAZ. (Deteniendo á Ricardo y llevándolo á la derecha.) Diga usted, doña Mónica, podré ir esta tarde á un recado á la calle del Pez?

RICARDO. (Buen pez estás tú. (Va á abrazarla.) Las otras dos me estorban.) Ah! qué pomada usas tan fragante.

PAZ. Es de heliotropo.

RICARDO. Heliotropo? Déjame que huelo. (Se inclina á oler y va á abrazarla.)

LIBORIA. (Deteniéndole y llevándole á su lado.) Doña Mónica.

RICARDO. (Ya me van cargando con tanto doña Mónica.)

LIBORIA. Á qué hora se almuerza aquí? Tengo mucha hambre!

RICARDO. Y yo! (Hace ademan de abrazarla.)

MARC. (Deteniéndole y tirando de él.) Doña Mónica!

RICARDO. (Otra te pego!)

LAS TRES. Doña Mónica! Doña Mónica!

RICARDO. (Canario! Esto es insufrible! Me marean las tres. Voy á mandar á paseo á dos de ellas.) Hijas mias, voy á daros dos comisiones. Necesito algodón y sedas.

ESCENA XVI.

DICHOS, RESTITUTA y todo el CORO.

REST. (Viene corriendo.) Qué horror! Si supierais!

- LAS TRES. El qué?
REST. Pantaleona, la criada...
LAS TRES. Acaba.
REST. Es un coracero!
TODAS. Horror!
RICARDO. (Tiró el diablo de la manta.)
REST. Le he visto pantalon encarnado y las espuelas.
PAZ. (Á Ricardo.) Qué dice usted á esto?
RICARDO. Un coracero en mi casa! (Apelaré al gran recurso.) Qué horror! Qué escándalo! Ay! que me da, que me da. Ya me dió. (Cae sobre una silla. Le rodean sin ocultarle al público.)
LIBORIA. Pobre señora!
REST. Es un ataque de nervios!
PAZ. Hay que desabrocharla; así respirará mejor. (Al desabrocharle, queda vestido de coracero medio cuerpo arriba, y de mujer medio cuerpo abajo.)
TODAS. Cielos!
RICARDO. (Sin moverse.) (Me destaparon!)
TODAS. Un hombre!
REST. Otro coracero!
PAZ. Bien dije yo, que aquí oía á caballería.
REST. Niñas, huyamos.
TODAS. Sí, sí.
RICARDO. (Levantándose para detenerlas.) Un instante.
REST. Tender un lazo á inocentes palomas como nosotras!
RICARDO. (Buena paloma estás tú!)
REST. Eso es odioso, es infame. Déjenos usted salir.
RICARDO. Atrás; no se pasa. (Cerrando el paso.)

ESCENA XVII.

DICHOS, PERDIGUERO, vestido todavía de mujer.

- PERD. Os digo que soy mujer!
TODAS. ¡Ah!
PERD. y RICARDO. El capitán! (Dan un grito y escapan.)

ESCENA XVIII.

PERDIGUERO, el capitán GARRIDO.

GARRIDO. Dos horas he estado paseándome por el cerrillo de San Blas, y nada, ni la más mínima sobrina de magistrado.

PERD. (Ahora va á ser ella!)

GARRIDO. Hola, muchacha!

PERD. Quieto; tóquese usted las narices. (Vuelve y le conoce.) Oh! el capitán! (Va á saludar militarmente, y acordándose que es mujer, baja la mano y retrocede.)

GARRIDO. (Es muy guapa.) Acércate, tonta. Te doy miedo?

PERD. (No me ha conocido.) No señor, no me da usted miedo.

GARRIDO. (Arrogante chica. Debe ser asturiana. Sólo Astúrias produce semejante vegetación.) (Acercándose.) Vaya, d'éjate querer.

PERD. (Ay! que me hace cosquillas!)

GARRIDO. Cómo te llamas?

PERD. Panfaleona. (Haciendo repulgos.)

GARRIDO. Pues bien, Pantaleona, toma un abrazo.

PERD. (Retorciéndose y brincando.) No! no! no! Basta, caramba! Basta! Ay! ay!... (Le da un fuerte bofetón y se detiene con espanto.) (Gran Dios, he pegado á un jefe! Pena de muerte!)

GARRIDO. (Frotándose el brazo.) Ah picarilla! ahora me las pagarás! (La coge la mano, que la besa.) Su mano exhala el perfume de las verdes praderas!

PERD. (Como que acabo de echar el pienso al caballo.)

GARRIDO. Apuesto á que eres ménos desdeñosa con el teniente. Está arrestado y tú le consuelas... eh?

PERD. (Encontrando el casaquin que arrancaron á Ricardo.) Es mi hermano de leche!

GARRIDO. Calla! De quién es este casaquin? (Mirándole.) (El del teniente!)

PERD. Ese casaquin es de la tía de mi amo.

GARRIDO. Aún está calentito!

PERD. La señora se fué á los baños hace un mes.

GARRIDO. Pues ya hay tiempo de que se hubiera enfriado. Va ya,

me marchó! Pronto volveré. Adios, Pantaleona, Adios, Pantaleoncita. (Hace que se va y se esconde tercera puerta izquierda.)

ESCENA XIX.

PERDIGUERO, RICARDO y todas las mujeres.

PERD. Canario! Estos zagalejos me comprometen! Si el capitán supiera que ha besado la mano de un coracero... (Se va á marchar y se detiene al ver á Ricardo y las niñas.)

RICARDO. (Atado con los pañuelos de las muchachas.) Piedad!

TODAS. No, no!

RICARDO. Pido capitulacion.

MARC. Que se le forme consejo de guerra!

TODAS. Eso, eso!

PERD. Sumariar á mi teniente. Estais locas?

TODAS. Mirad aquí el otro. Prisionero! Prisionero! (Le atan á una silla.)

RICARDO. Yo protesto.

PERD. Yo tambien.

MARC. Silencio en las filas!

PAZ. El primero que chiste fusilado... (Dando una patada en el suelo con furor.) Dios de Dios!

REST. Gracia para ellos!

PAZ. Silencio! El consejo de guerra va á deliberar. (Se agrupan todas.)

GARRIDO. Qué veo! Tantas bellezas reunidas! Estas son las huris de Mahoma!

RICARDO. Sí, cuando le remiendan los pantalones.

GARRIDO. Eh! Quién habla por ahí? (Se acerca á Ricardo.) Ricardo!

PAZ. Nos ha engañado, mi capitán!

GARRIDO. (Acercándose á Paz hasta darla con las narices.) Qué veo! La sobrina del magistrado!

PAZ. Paz Verduguillo, sastra, para servir á usted.

LIBORIA. Lo del tío magistrado fué un camelo.

GARRIDO. (Haciendo lo mismo.) La viuda del general!

LIBORIA. Liboria Perez. Sastra, si usted no se opone.

RICARDO y PERD. Ja!... ja!...

GARRIDO. No importa, todavía me queda la esposa del gobernador civil.

MARC. Servidora de usted, Marciala Torrente, chalequera.

GARRIDO. Esto es ya inaudito! Con que te arresto, te encierro, te enjaulo, y aun así me las birlas? (Risa general.) Oh! yo me vengaré!

TODAS. Gracia para...

GARRIDO. Me vengaré!... Convidándoos á todos á almorzar.

TODAS. Hurra!

GARRIDO. Con los oficiales del escuadron...

REST. Una pregunta. Son virtuosas?

GARRIDO. Todos casados.

RICARDO. Por lo civil.

REST. Eso nos basta.

PAZ. Vivan los coraceros! Vivan las oficiales!

TODAS. Vivan!

RICARDO. (Á Perdiguero.) Cuando yo te dije que saldrían de aquí oficiales.

MUSICA.

PAZ. La alegría me enajena
si me mira un oficial.

TODOS. Rataplan. (telon.)

FIN.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

LIBRARY

PHYSICS

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda e Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería ADMINISTRACION
LIBRICO-DRAMÁTICA.